

¡BETIRAKO LUA!

¡Lua!...¡lua da... ekantz
 gerozkuan jua!
 ¡luak!...¡luak eraman
 du andre gajua!
 biyotz aginde batez
 ill danen ojua,
 izan da, opa bedit,
 jo, Jaun Zerukua!
 izate luze ortan
 betirako, ¡lua!

JUAN IGNACIO URANGA

ANDRE ONA

Andre ona ta iztun samurra
 Donostiarra, jatorrez,
 chit langillia, elizakoya
 eta modutsua berez;
 famili-rako seme maitia
 guztira berdiña zanez,
 Jaunak onduan artu dezala
 merezi zuben ordañez.

PEDRO SOPELARTE

D.^a JOSEFA BAROJA

Cuando menos lo esperábamos nos sorprendió su muerte, pues eran contados los que conocían su enfermedad.

D.^a Josefa Baroja estuvo casada con D. Ignacio Canuto Muñoz, licenciado, y primer director que fué del primer centro de segunda enseñanza que por R. O. se fundó en San Sebastián, en la calle 31 de Agosto. A aquel claustro de profesores perteneció el nunca bastante llorado donostiarra, sabio canónigo, escritor y orador eminente, don Vicente Manterola, y fueron discípulos los Sres. D. Fermín Calbetón,

D. Javier Peña, D. Luis Vinuesa, D. Ramón Manterola y otros muchos respetables amigos nuestros, que hoy no recordamos.

Muerto D. Ignacio Muñoz, fué su viuda D.^a Josefa Baroja, la que durante toda su vida se encargó ya activamente, ya como norma en la dirección del establecimiento tipográfico de tan reputado nombre de Baroja. Era madre amantísima, señora afable y modesta hasta la exageración; el amor de madre está íntimamente enlazado con la exquisita dulzura de un alma escogida y delicada. Los que tuvimos la fortuna de tratarla desde largos años ha, pudimos observar sus sentimientos nobles y su corazón abierto siempre a todo impulso generoso. Precisamente iba a cumplirse ahora, este mismo año, el centenario de la fundación de la Casa donde se imprime la veterana revista EUSKAL-ERRIA, considerada por eminente pluma como una institución; iba a recoger lo que en más alta estima tiene una madre: el fruto más saboreado en el hogar, que es el fruto de la unión y la paz, coronado felizmente mediante una labor de largos y continuados años. Y ahora, cuando todo parecía proseguir nueva era feliz y dichosa, la muerte implacable le priva del disfrute de tan preciosos momentos de la vida, y priva a sus hijos, queridísimos amigos míos, del cariño de la mejor de las madres, del más generoso de los corazones. Cuando se llora en este mundo, cuando las lágrimas son pedazos del alma, vertidos gota a gota, hilo a hilo, con marcadas huellas de íntimo dolor, es que se ha perdido para siempre lo que para siempre fué el primero y único de los cariños: el cariño de una madre. ¡Y aunque se pierda el mundo, cuando queda una madre, nada se ha perdido! ¡Cuando se la pierde, todo se ha perdido!

La resignación cristiana, amparadora de todos los sufrimientos, ayudará en estos momentos a la familia de Baroja a sobrellevar la gran pérdida que acaban de tener. Nosotros, amigos y creyentes, no depositaremos una flor en su tumba, pero sí rezaremos una plegaria con el recogimiento y fervor de una evocación imborrable y humilde. ¡Dios haya acogido en su seno el alma de aquella bondadosa señora, excelsa por sus virtudes, excelsa por su ejemplo!

ADRIÁN DE LOYARTE